



Reencarnando el anzuelo: relato de experiencias de lectura y escritura que atrapan

Graciela Ocampo*

Hay que estar bien desprevenido para ir a la búsqueda de escritores y lectores...

Parafraseando a Graciela Montes, me han pescado como lectora. La literatura obra en el lector, el arte de la pesca: alguien tira el anzuelo encarnado y en su silencio de intimidad con lo más profundo de las aguas, hace picar, nos hace picar y nos engancha, se tensa el hilo cuando pegamos un tirón, cuando fijamos el deseo en la vida que vivimos con ese personaje. Pero alguien ofrece la caña, alguien atraviesa la carnada en el anzuelo y nos convida con literatura. Y cómo hacer para no caer en ese otro mundo que a veces se nos parece y otras no tanto y tal vez por eso, nos atrae ciegamente.

Soy una afortunada, la lectura y la escritura en los talleres de los ámbitos escolares, privados y universitarios, siempre me ofrecieron recodos por donde seguir buscando sentidos a la propia existencia como lectora y como escritora... Para mostrar que no miento, describiré algunas situaciones en las que, con gran sorpresa, me vi envuelta...

Dos de escritura

1° Escena: María Laura

Junio de 2001: Leo "El caminante" de Ray Bradbury, a mis alumnos de 9° año de la entonces E.P.B.N° 11, barrio Parque Irigoyen de General Rodríguez, escuela a la que asisten chicos y chicas del vecindario con familias muy numerosas en su mayoría, asentadas en la zona alledaña a una canchita de fútbol a la que

* Graciela Ocampo es Profesora en Letras graduada en la Universidad Nacional del Litoral. Además posee el título de Licenciada de Enseñanza de la Lengua y la Literatura por la Universidad Nacional de Gral. San Martín. También es Especialista Superior en Literatura Infantil y Juvenil, por la Escuela de Capacitación Docente del Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (Ce.P.A). Se desempeña en los niveles secundario (E.E.M.N° 2 de Gral. Rodríguez, provincia de Buenos Aires), terciario (I.S.F.D.N° 141 de Luján, provincia de Buenos Aires), y universitario (Taller de Narrativa de Tradición Oral de la Licenciatura en Enseñanza de las Prácticas de Lectura y Escritura para la Educación Primaria de la Universidad Pedagógica, sede Del Viso, provincia de Buenos Aires).

acuden muchos alumnos de la escuela a merendar y entrenar su deporte preferido; y una capilla de la virgen de Caa Cupé en la que se ofician misas y se invita a los feligreses a acercarse semanalmente.

Luego de la lectura, en un gesto casi automático de reconstrucción de la historia y de escritura posterior tendiente a “ejercitar” alguna normativa del lenguaje, pido a los alumnos:

Escribir una carta dirigida a Leonard Mead. No olvidar la estructura de la carta y el uso adecuado de los deícticos.

Al día siguiente, cuando reviso las producciones de los alumnos, me encuentro frente a la carta de María Laura, una alumna de asistencia perfecta, que se sienta en el primer banco del aula, pero a la que raramente se la escucha hablar, y que escribe lo siguiente:

8/11/2052

Sr. Leonard Mead:

Se dice que la locura es tan sólo la privación de la razón, pero la razón no es más que una facultad por la que el hombre puede discutir o juzgar. Tal vez, en realidad la locura podría ser el hecho de no adaptarse a la sociedad.

Yo siempre fui de pensar que ser diferente es ser especial, como tener un don que nadie en el alma tiene. Una vez, oí que si dejáramos de ver lo diferente y comenzáramos a ver que nos hacen igual las cosas, cambiaríamos, encontraríamos la humanidad del sentimiento. Con esto no me retracto de mi opinión de que lo diferente es especial, sino que me refiero a que aunque exista lo diferente, nunca dejamos de ser humanos.

Usted realmente es especial por disfrutar de la soledad y el mismo hecho de ser distinto. Si yo le escribo es para decirle que acompañe su espíritu que perdió el vuelo nocturno y siento el dolor del encierro inmerecido por sólo sentirse bien siendo distinto.

Me realizo yo, luego de lo dicho, planteos nuevos. ¿Es una locura ser distinto? O ¿disfrutar la diferencia nos hace parecer locos?

Para mí, usted es alguien que disfruta la vida en las sombras y silencio, pero, no una persona sin razón sólo por el hecho de disfrutar una libertad distinta y no encerrada en leyes impuestas por una sociedad que pareciera haber olvidado dedicar una mínima parte de su vida a los sueños que en un pasado nosotros en este tiempo supimos vivir. Supongo.

M.L.R.D.

Leí ese texto y me quedé muda, volví a leerlo delante de ella en silencio y le pregunté si en su casa leían, a lo que respondió que su papá lo hacía. Compartí el texto con Graciela Montes, a quien alguna vez me animé a escribirle estimulada tanto por la lectura de sus textos de ficción (*Otroso, Aventuras y desventuras de Casiperro del Hambre, Irulana y el Ogronte*) y de non-fiction (*El golpe y los chicos*), como por su teorización acerca de la infancia, la literatura y la escritura (en *El corral de la infancia* o la traducción y ampliación de la *Guía de la Literatura Infantil*, de Marc Soriano, entre otros artículos) y dijo: “Sí, creo que tenés razón con respecto a María Laura cuando decís que te sorprendió su escritura, su

conocimiento y postura del mundo del escritor y de la locura. Una tiene la sensación de que hay algo que empuja para ser dicho, como nos pasa de hecho a los escritores.”

Ray Bradbury y Graciela Montes habían comenzado su pesca, María Laura y yo nos prendimos del anzuelo. María Laura a través de la escritura que siguió ensayando en un taller de poesía dentro de la biblioteca municipal; y en lo que a mí respecta, como docente, en la certeza de que se lee y se escribe no sólo porque se asiste a una escuela y se reproducen normativas y actividades, sino porque hay algo que decir y hay mucho conocimiento cultural y personal de los alumnos para observar y de los que aprender en esos dichos.

2ª Escena: Laura C.

Año 2005. E.E.M. Nº 2, José Hernández de Gral. Rodríguez. En el contexto de un Espacio Curricular Institucional (hoy reemplazado por otro de otra disciplina) denominado Taller de Escritura, me enfrento a un grupo de no más de quince alumnos, número ideal para un verdadero taller de escritura, de 17 a 19 años, interesados por la música, por la cumbia y por el rock, integrantes también de familias numerosas, hijos de trabajadores itinerantes a la búsqueda de mejores condiciones laborales para cubrir las necesidades de esas familias, características que se fueron revelando en sus “autobiografías”. El primer encuentro de taller, me preguntan socarronamente si “pensaba” hacerlos escribir, desafío que debo confesar, me asustó un poco. Con disimulo dije que a mí me gustaba mucho leer y que garabateaba también algunos inventos, que no evaluaría nada cuantitativamente y que nos dispondríamos a hacer con la literatura lo que nos diera la gana. Por eso les dije que quería compartir algunos cuentos que a mí me habían impactado fuertemente. Arremetí con “Conejo” [3] de Abelardo Castillo, “Reinas”, “Como si estuvieras jugando” y “Así es mamá” de Juan José Hernández [4], “Una hermosa familia” [5] de Beatriz Guido, entre otros. Hablé de narrativa, de biografías y de ficción, de la posibilidad que nos da la escritura de reinventar nuestra historia personal; y enseguida les pedí que escribieran la propia, ficcionalizando todo lo que quisieran. Surgieron algunas escrituras tímidas y otras más extendidas, valoré el entramado cronológico de los sucesos de vida e invité a escribir sobre la escritura, sobre qué les había pasado ante la propuesta de la biografía, a través de lo que llamaríamos “protocolo de escritura”. Había aprendido mucho de esto de la mano de profesores en la Universidad, como Alcira Bas y Carolina Cuesta [6], quienes habían tirado también la caña y habían develado mi voz en la ficción y mis sentidos, y también de mis compañeros, a través de la socialización de lecturas, voz, voces acalladas en otras épocas de estudio de la generación de los 70 y los 80, voz y voces de la repetición y la reproducción, voces de otros autorizados, tanto por sus tonos, como por sus temas y sus estilos canonizados, enmarcados en el “buen decir”, el de las palabras exquisitas, el de la distinción propia de las elites.

Creo que fue entonces cuando se generó un pacto ficcional entre lectura, escritura y lectores que nos permitió salir y entrar de la ficción como quisimos. Los alumnos discursaron, ensayaron, escribieron, asumieron la posición de un escritor que se distancia y se acerca a la palabra que manipula, que acomoda. Hubo grandes discusiones: si tal verosímil me permitía meterme como lector en la ficción o me hacía desconfiar de entrada, si faltaba información que al lector lo dejaba a la deriva o si la elipsis era oportuna, si los verbos iban en perfecto o imperfecto, si las comas, los puntos, los puntos de vista, entre otros artilugios y normativas. Los encuentros, mientras tanto, se hacían cada vez más deseados para mí y creo que para ellos también; cada uno terminaba con algún registro escrito que daba cuenta de lo que sucedía con ellos y con la escritura, que evaluaba el proceso del conocimiento, que transformaba ese conocimiento [7] y nos transformaba como lectores y escritores. En *Escritura e invención en la escuela*, Maite Alvarado retoma a Roland Barthes en su *Grado Cero de la escritura*, y “... habla del origen corporal y biográfico del estilo, que hunde sus raíces en el pasado del escritor, ‘donde se instalaron de una vez por todas los grandes temas verbales de su existencia’. Acunado o embelesado por la cadencia de las nanas o por las inflexiones de la voz que narra entre el sueño y la vigilia, el futuro escritor irá encontrando un modo propio de decir, que más adelante la literatura irá refinando” (Alvarado, 2013: 235).

Y surgieron los escritores con sus cuerpos, sus biografías, sus pasados y sus deseos de entregar sus voces a la palabra para que los continúe inventando. Pero también con sus lecturas renovadas. Uno de ellos, del mismo año y sección, registró, luego de su trabajo de escritura centrado en la construcción de una mirada infantil, lo siguiente:

... cuando yo escribí esto lo hice pensando en lo que piensan los chicos de pequeña edad cuando están enojados. Al conocerlos, pienso que dejan cosas inconclusas y para mí es la magia de la gente joven como la chica de la historia. La profesora me propone unos cambios, pero yo opino que tiene que quedar así para que cuando lo lean se pongan a pensar. También pienso que la profesora no se puso a pensar detenidamente porque si lo hiciera, lo sacaría.

La historia está hecha para que los lectores piensen libremente. Hablando con la profesora, deliberando sobre la escritura, llegamos a la conclusión de que me gustan los Redondos, (...), el pensamiento y la manera en que utilizan las canciones para que la gente escuche y sus ideas queden plasmadas no sin antes pensar dos veces sobre lo mismo, no sé cómo llegué a escribir tanto siendo que no me gusta porque cuando lo hago nadie me entiende.

Este alumno era uno de los que en el primer encuentro había manifestado que a él no le gustaba escribir, en una actitud aparentemente intransigente. Entendí ante este registro, que había que escucharlo, que una de las formas de tentar a la escritura, era a través de propuestas que permitieran a

cada uno dejar salir su propia voz, con su historia, con sus gustos, con sus concepciones sobre la literatura, la música, la escritura y la lectura.

Laura C. tomó la propuesta que partía de la lectura conjunta de “Reinas” de Juan José Hernández y planteaba la consigna:

Construir un relato en el que desde una voz infantil se hable a una mascota, un juguete, un libro o un diario personal, y se le cuente un plan de venganza.

Ella escribió:

*Mi tía me dijo que Reinaldo era muy lindo y yo la miraba, qué boba se pone cuando habla de él, pero... Reinaldo jamás la mirará aunque ella sea tan dada con él.
Reinaldo me prometió estar conmigo para mi cumple y a ella jamás le prometió nada. Además él me dijo que me quería y yo casi lloro de la emoción, aunque sea muy grande para mí, yo también lo quiero.
Tía no lo sabe y por eso lo invita a todos lados, con la cara de tonta y esa ropa fea que se pone, yo me visto más bien que ella, mamá me compra ropa de moda, ella usa ropa de viejas.
Invitó a Reinaldo a la casa para cenar mañana, ¡qué rabia! Le dijo que iba a cocinar para él, y cocina feo, la comida de mi mamá es más rica; en cambio si yo le cocinara, le gustaría más.
Mañana iré a la casa de tía; le pondré a la comida mucha sal y pimienta sin que nadie me vea. Reinaldo dirá “¡Ay, qué asco esto!” y ella con la cara de tonta se hará la sorprendida, dirá: “Pero... pero... yo lo salé poco, y la pimienta, no sé”.
Reinaldo se levantará de la mesa y yo le llevaré un vaso de agua, me dará un beso y se irá. Si conversaras conmigo y no te callaras como siempre, que tan solo das hojas y hojas para que yo te escriba, vos le dirías a Reinaldo lo mucho pero mucho que lo quiero.*

Protocolo (o registro de escritura): La verdad que todavía me estoy riendo por lo que hice y lo bien que me salió en el momento. Empecé pensando en dos personas que integraran el relato y ahí empecé con una tía, luego quise poner Lucía pero ya no quería, es que... nada; me dio risa las cosas que podría hacer con mis celos y además la comida, no sé, fue medio raro. Cuando se lo entregué yo dije bueno ahora todo mal, pero en cambio dijo muy bien y mi corazón latió mucho más.

Los alumnos y yo, habíamos caído en las redes de la literatura, éramos un cardumen atrapado en el mediomundo entre la lectura y la escritura... Laura había podido construir una voz narrativa en primera persona dirigida a un/a otro/a elidido al que confiesa, al mejor estilo “Reinas” de Juan José Hernández, su plan de venganza, destinatario que el lector devela al final del texto “(...) que tan solo das hojas y hojas para que yo te escriba.” En su protocolo ella habla de dos personas que integran el relato, no dice que dialogan: una tía y una sobrina con la que aparentemente se identifica cuando sostiene que: “(...) me dio risa las cosas que podría hacer con **mis** celos (...)” A la distancia releo sus escritos e intuía le “dio risa” las cosas que podría hacer con sus palabras. Lo que sí queda bien claro es que Laura puede

diferenciar entre lo que dice, los personajes que construye y cómo lo dice, el mentado argumento en nuestras aulas y la tensión narrativa que atrapa al lector, que hace picar el anzuelo a través de una carnada: el artificio de la ficción.

Dos de lectura

3° Escena

En el marco del Postítulo de Literatura Infantil y Juvenil dirigido por el Prof. Gustavo Bombini, en la Escuela de Capacitación Docente del Centro de Pedagogías de Anticipación de la Ciudad de Buenos Aires, bajo la coordinación de la Mg. Cecilia Bajour, realicé un registro de lectura en la E.P.B. N° 11 de General Rodríguez, la misma escuela descrita en el primer relato de escritura, para ver qué y cómo leen chicos y chicas de 13 a 15 años. El humor es uno de los recursos que más me atraen tanto en la literatura, como en la vida cotidiana. Por eso les llevé a mis alumnos un autor que a mí me hace reír mucho: Luis María Pescetti, un escritor que se inmiscuye en todos los géneros a los que parodia a partir del tema, de la estructura o del estilo. Por ejemplo, la idea que tenemos sobre las cartas familiares nos hace pensar en saludos, pedidos cordiales, interés por saber cómo está el otro, alegría de tener noticias. En “Correspondencia” [8], sin embargo, conservando el formato o esquema de la carta y el estilo cortés, se aborda el tema de la visita deseada por un interlocutor y rechazada por el otro. Como lectora, me regodea el uso de la ironía en el texto, tanto que se sale de las “convenciones del género infantil”, de los “supuestos de simplicidad”, para hacer la semblanza de una tía cargosa, comedida y una sobrina esquiva.

Sigo con mis razones de Pescetti: en segundo lugar, el autor me conecta con la figura de mi padre, un transgresor silencioso que, cuando podía, se reía de la conducta social acartonada de las tías mayores que sentadas en círculo en alguna fiesta familiar, hacían comentarios sobre algún finado reciente y su loable vida (después de muerto), comentarios que reproducían las frases de circulación social popular: “quién diría”, “qué corta es la vida”, “hoy estamos, mañana no estamos”, frases que también recrea Pescetti tomándolas en su literalidad para generar historias en una estética hiperbólica de acciones. Llega encadenada la conexión con Cortázar, otro de mis preferidos; por lo tanto, otra razón de la elección es la apertura a otras lecturas dentro de la escuela y la idea de ficción y juego.

Como Profesora de lengua también me interesa la forma en que se despliega la argumentación en estas cartas en las que los enunciatarios toman los dichos del otro para refutar el argumento de su “contrincante”.

Decidí que esa vez no iba a leerles a los alumnos, sino que lo harían ellos, creo que en los tonos que uso, en las pausas, en las repeticiones ya estoy situando a mis oyentes en los sentidos que pueden establecer y los llevo hacia mis lecturas. Fue por eso que entregué una hoja cada dos chicos con el texto y sucedió lo siguiente:

Alumnos en general (risas y comentarios ante las primeras cartas): *¡Qué forra la sobrina!, ¡Uy, qué pesada la tía!*

Prof.: *– Sigán leyendo, después hacemos los comentarios.*

Los alumnos finalizan la lectura.

Prof.: *– Bueno, ahora vamos a ver qué pasa en estas cartas.*

Al.1: *– Re que ni la quería la sobrina a la tía.*

Prof.: *– ¿Por qué decís que no la quería?*

Al.2: *– Profe, la sobrina no quería que vaya y la tía sí. Dice: “nunca va a faltar oportunidad”, ni en pedo quiere que vaya.*

Al.1: *– Y la sobrina dice dos o tres días cuando la tía le habla de quedarse un montón de tiempo.*

Al.4: *– Sí, le iba achicando los días.*

Al.3: *– Seguro que vive lejos, por eso quiere quedarse tanto tiempo.*

Prof.: *– ¿Qué más dice la sobrina?*

Al.5: *– Que cuando se lo contó al marido se puso loco de contento. Todos ríen.*

Al.6: *– Y la sobrina le dice que en la fecha que la vieja iba a viajar, ellos no iban a estar.*

Prof.: *– ¿Cómo es eso?*

Al.6: *– Que la sobrina le dice que no van a estar y la tía ni ahí le había dicho la fecha que la iba a visitar.*

Prof.: *– ¡Ah, sí!, tenés razón.*

Al.7.: *– Miente, le mete excusas.*

Al.8.: *– Y, también, con la tía que tiene...*

Prof.: *– ¿Cómo es esa tía?*

Al.9: *– Y remetida.*

Al.2: *– Reforra.*

Prof.: *– ¿Por qué es así la tía, tan... comedida?*

Al.10: *– Y, profe, primero le dice que en cualquier lugar se arregla y después le pide la cama matrimonial.*

Al.7: *– Y es reviva porque se da cuenta cuando la sobrina le mete excusa con lo de la fecha.*

Prof.: *– ¿Dónde viste que se da cuenta?*

A.7 (Busca en el texto y responde): *– “¡Qué cabecitas de novios que tienen ustedes dos!”*

A.10: *– La vieja es insoportable, cómoda, primero dice que se puede arreglar en cualquier lugar y después les saca la cama a ellos.*

Al.11: *– Sí, es repesada.*

Al.12: *– Capaz que la tía vive sola y la quiere como a una hija.*

Al.13: *– Para mí que el marido de la sobrina le mete los cuernos con la tía porque le gustan las viejas.*

Al.12: *– Para mí que se quieren, pero la sobrina no tiene lugar en la casa, seguro que se tuvieron que mudar a una casa chica y por eso no la puede recibir a la tía*

Prof. (Dirigiéndose al alumno 13): *– ¿Por qué decís eso?*

Al.13: *– Y, Profe, la sobrina es joven, pero tiene cuatro hijos, debe estar hecha mierda y la tía capaz que no tiene hijos.*

Prof.: *– ¿Cómo sabés que tiene cuatro hijos?*

Al.13: *– Porque primero la tía le dice que no conoce a sus tres últimos hijos y después la sobrina le responde que la última vez que fue a visitarla fue cuando nació Fabiancito.*

Prof.: *– O sea, que a uno sí lo conoce.*

Al. 13: *–Claro, al primero.*

Prof.: *–Parece que esa vez se quedó bastante tiempo la tía de visita.*

Al.14: *–Y, como un año, porque si todavía la sobrina no estaba embarazada y después nació el hijo, más de nueve meses estuvo.*

Prof.: *–Y a la sobrina ¿cómo la imaginan?*

Al. 12: *–Para mí que la quiere a la tía.*

Al.2: *–¡Qué la va a querer! Si le pone las reexcusas para que no vaya la vieja. Inventaba cosas.*

Prof.: *–¿Por qué decís que inventaba?*

Al.2: *–Y profe, primero le dice que no van a estar y no sabían la fecha en que la tía iba. Eso es una mentira.*

Prof.: *–Ajá, tenés razón, ¿qué más?...*

Al.3: *–Y al final dice que no sabe a dónde lo van a mandar al marido, eso también es mentira, nadie se va a un trabajo sin saber dónde es.*

Al.4: *–Además le iba achicando los días, hasta que al final dice que le va a escribir cuando se muden para que pase a tomar un té cuando la tía quiere quedarse un montón de tiempo.*

Al.14: *–Es una falsa la sobrina, siempre dice qué alegría, qué lástima y lo pone al marido en el medio.*

Prof.: *–En realidad, la sobrina dice lo contrario de lo que quiere significar.*

Al.2: *–Es una reforra, la sobrina, pero igual la vieja es repesada.*

Prof.: *–Eso que hacemos de decir lo contrario de lo que queremos significar, se llama ironía. Por ej. ¡Cuánto estudiaron los chicos hoy! ¡Qué bien nos levantamos! ¡Hoy estamos con todas las luces!*

Al.13: *–No nos dio nada de tarea la profe hoy...*

Prof.: *–De nuestras ironías nos damos cuenta porque nos vemos, vemos nuestros gestos, sabemos qué dijimos ayer y qué hoy, hay todo un contexto que compartimos y que tenemos en cuenta para intercambiar nuestros diálogos, pero en “Correspondencia” sólo tenemos las cartas, ¿cómo nos damos cuenta?*

Al.2: *–La sobrina dice: “Qué alegría recibir su carta” y después muy falluta que no tiene lugar.*

Al.13: *–Yo a la viejita le haría un lugar y sobre todo si está buena.*

Al.12: *–¡Ay, tarado, vos siempre con lo mismo!*

Siguen los comentarios y las discusiones sobre el tema

Prof.: *–¿Qué tipo de texto son estos?*

Al.3: *–Conversaciones.*

Prof.: *–¿Por qué?*

Al.3: *–Y, porque uno habla y otro contesta.*

Al.4: *–No, son mensajes.*

Prof. *–¿De texto?*

Al.4: *–No, profe, son muy largos para ser de texto, deben ser mails.*

Al.5: *–Son cartas, no ven que se llama “Correspondencia”.*

Al.4: *–Pero podrían ser correo electrónico también.*

Prof.: *–Claro, podrían ser cartas por Internet, que en realidad es lo que hacemos cuando escribimos un mail.*

Al.13: *–Usted escribirá que tiene computadora.*

Prof.: *–Creí que me habías contado que ibas a los cibernets.*

Al.13: *–Sí, pero a jugar a los jueguitos.*

Prof.: *–¿Saben por qué Al.3 dijo que son conversaciones? Porque el lenguaje es muy familiar, sabemos que son una tía y una sobrina por el encabezamiento y los saludos, pero además porque las cosas que se dicen, muestran que hay una relación cercana.*

Al.14: *–Sí, una relación cercana, pero no se quieren.*

Al.13: *–Y, a los parientes uno no los elige.*

El registro que presento es casi ficcional porque surge de la reconstrucción de una situación áulica en la que apunté algunos dichos de los alumnos, el resto deviene de una memoria selectiva (como todas las memorias) que intentó centrarse en la idea de parodia y sus procedimientos sin sistematización conceptual de los mismos. Lo que no es ficción es la pesca: me habían atrapado a partir de la lectura hecha por los alumnos, me sentí el pez espada de *El viejo y el mar*... Volví una y otra vez para revisar los dichos de los alumnos que me mostraron la lectura personal y colectiva de un texto que, si bien presenta una secuencia cerrada de acciones (tía que escribe para anunciar su visita a una sobrina, argumentos de la anfitriona para evitar el hecho, insistencia de la tía, nuevos argumentos de imposibilidad de la sobrina, postergación sin fecha de la visita y cierre del diálogo epistolar) hacen visible el juego entre lo dicho y lo no dicho de los protagonistas de las cartas para suponer cuánto se quedó la tía en la última visita, la razón por la que quiere quedarse tanto tiempo, *“seguro que vive lejos”*, si la sobrina la quiere o no, si es creíble que una persona se mude a un destino desconocido para trabajar, hasta la posibilidad del deterioro físico de la joven sobrina que tiene cuatro hijos en comparación con una tía que seguramente es soltera. Se detectó el uso de la ironía, la exageración y la mentira, la construcción de unos personajes enmascarados en el “buen decir”; y se abrieron los sentidos de la lectura, una experiencia que me dice que estos alumnos no leen igual que María Laura, ni que Laura, ni siquiera entre ellos comparten los caminos por los que nos lleva el texto, que la experiencia de lectura no se puede universalizar. En fin, sería, parafraseando a Jorge Larrosa, un modo de habitar el mundo y los textos de un ser como esos alumnos determinados en un contexto propio, con esta docente que se sigue preguntando cómo hacer para trascender la propia experiencia de vida y de lectura para ofrecer una escuela más digna de vivir.

Escena 4: Daiana

2014: Instituto Superior de Formación Docente N° 141 de Luján, Profesorado para el Nivel Inicial. Allí coordino el Taller de Literatura Infantil ubicado en tercer año. Durante 2014, asistieron poco más de cincuenta alumnas, cada dos semanas, para leer y poner en circulación las formas de lo literario en los textos destinados a la pequeña infancia. En esta instancia de la carrera, las alumnas ya tienen un recorrido que las habilita para realizar sus prácticas áulicas, por lo que se ven muy interesadas en acceder a lecturas con las que puedan “pescar” a los más chicos. Como el grupo es muy numeroso y las horas, en general, nos resultan insuficientes para socializar el conocimiento y sus implicancias e impactos, les pido un registro narrativo escrito de cada encuentro con el fin de hacer visibles las vivencias, los aprendizajes, las dificultades, las expectativas y las proyecciones en las que puedan verse a través del abordaje de lo literario pero, además, la posibilidad de descubrir lazos con la propia historia

personal de lectura. Para ello les sugiero que escriban qué les pasó en cada cita personal y grupal con el taller, en cada historia, canción, poesía, comentario, qué descubrieron, qué les resultó oscuro o anodino, con qué relacionan ese impacto, por dónde les hubiese gustado continuar, qué les queda por “salir a buscar” por sus propios medios, cómo llegaron cada tarde/noche, qué autores, títulos, colecciones y géneros les llamó la atención o no conocían, qué les resultó indiferente, o qué lecturas les remitieron a otras experiencias como la de la infancia.

Daiana es silenciosa, trabaja, estudia y es mamá de Santiago, de 4 años. Algunos fragmentos de lo que escribió en un registro dicen:

Cuando era chica no recuerdo tener muchos libros de cuentos pero mi papá siempre, a la noche, me inventaba un cuento distinto, me llenaba de personajes e historias y a mí me fascinaban.

Cuando nació Santiago, aunque era muy chiquitito y no entendía nada, le contaba esas mismas historias que recordaba de mi papá. Creció con mis palabras y de a poco empecé a comprarle libros chiquitos. Siempre prestó mucha atención y reclamaba su ratito de lectura.

Le di su espacio en la biblioteca y ahí empezó a juntar sus cuentos y revistas. Casi todos los días agarra un libro distinto y se sienta en el sillón a mirarlos y por ahí, en lo bajito se lo escucha "leer".

Desde el año pasado, se interesa además por saber quién es el autor y quién es la persona que dibuja, por supuesto, también intervenía el jardín. Recuerdo que una vez salió del jardín y me contó que la señora les había leído un cuento de Ema Wolf y yo le dije "no San, debe ser María Elena Walsh" y enseguida me contestó "No, mamá, esa es otra". En ese momento yo no conocía a la autora (...)

Hace unos meses me compré "Carrera de Canguros" de Silvia Schujer para el trabajo que teníamos que hacer para la materia "Producción de material y objetos lúdicos", obviamente él fue el primero en escucharlo!! Un día me lo pide prestado para llevarlo al jardín. Esa misma noche me manda un mensaje su señó para contarme que ella no había podido contarles el cuento porque quien quiso leerlo fue él mismo. Me re sorprendió porque apenas se lo había leído una o dos veces y sin embargo se acordó de toda la historia y le agrega el plus de la gestualidad. (...)

Comencé el taller en el profesorado (...) y a interiorizarme sobre (...) la literatura infantil. (...) Cuando llegó el momento de ir a cobrar, lo primero que hice al salir del banco es ir a una librería. Quería traerme todooo pero tuve que medir el presupuesto (...) fue así como llegó a la biblioteca de casa, entre otros cuentos, "La balada del basilisco". Santi dedujo que basilisco es el nombre del monstruo del cuento, lo primero que me preguntó fue qué significaba "desprevenido" y por qué peligraba la vida del viajero. Lo leímos un par de veces y cada vez que teníamos visitas Santi se encargaba de leérselos. También lo llevó al jardín y se lo contó a sus compañeros, volvió recontento porque los nenes lo habían escuchado y a algunas nenas les había dado miedo!!

Le pedí ayuda para practicar la narración oral que presentaría en el taller, después de un rato le pregunté qué le parecía si él lo contaba y yo lo filmaba para mostrárselo a mi señó y enseguida se preparó!! Después miraba el vídeo y le causaba gracia!!

Le pedí a Daiana que subiera el video de Santi al grupo propio del taller que habíamos generado en Facebook, para que sus compañeras lo vieran, como modelo del arte de narrar y como posibilidad de observación de una lectura realizada por un niño aún no alfabetizado convencionalmente. Santi reproducía cada verso de la Balada del basilisco, haciendo pasar su mirada de la imagen al texto, en un

ademán de lectura formal que nos mostraba que los rituales de lectura adulta ya habían sido incorporados en su *habitus* escolar, en su conocimiento social.

Daiana, la mamá, estudiante del profesorado, dice haberse enamorado de la literatura infantil en el taller, sin embargo yo creo que esto no es cierto: ella lo hizo cuando comenzó a tejer sentidos entre el juego del cuento con el hijo y la remembranza de su padre, la oralidad del padre que inventaba historias a la hora de dormir y la locuacidad de Santi a la hora de expresar sus lecturas. Ella dice que le leía cuentos a Santi y no entendía nada. Sí que entendía, entendía la cadencia de las palabras, los silencios, los sonidos que salían de la boca de la madre para reforzar ese vínculo amoroso a la hora de dormir. Unas treinta futuras maestras jardineras desprevenidas habían sido, esta vez, encantadas por el basilisco a partir de un hechizo de transformación emitido por Santiago; y Santiago, a su vez, se dirigía diariamente al jardín para jugar y atrapar a sus amigos con su mojarrero.

Atenti al hundimiento de la boya...

Asisto a cada encuentro con los lectores y escritores que rodean mis prácticas profesoriales, cargada con mi mojarrero. Se reinicia el ritual de la carnada y la espera, atenta al hundimiento de la boya que emprende el juego de esconderse y reaparecer. Contemplo el agua en su infinitud y recursividad y mantengo la vigilancia para no caer en las redes del “control pedagógico” que recogen los cardúmenes y homogeneizan lecturas y escrituras: “Al leer, permitimos que algo entre en nuestra más honda intimidad. Algo se apodera de nuestra imaginación, de nuestros deseos, de nuestras ambiciones. Algo nos afecta en lo propio, en el centro de lo que somos. Leer, cuando va de verdad, es hacer vulnerable el centro mismo de nuestra identidad. (...) La lectura, cuando va de verdad, implica un movimiento de desidentificación, de pérdida de sí, de escisión, de desestabilización, de salida de sí” (Larrosa, 2003: 208)

Cada uno de estos registros deja ver prácticas únicas, experiencias relacionadas con vidas que están más allá de la del profesor y que intentan escapar a los modos de racionalidad dominante. Cada relectura y puesta en escritura de la experiencia, como docente toca el centro mismo de mi identidad y me vulnera y repite que debo reencarnar el anzuelo para volver a salir a la pesca de lectores y escritores, pero también de nuevas lecturas que nos tienten, nos seduzcan, nos tomen por sorpresa y atrapen.

Las experiencias de escritura y de lectura narradas aquí me ayudan a mirar cómo fluyen los sentidos, las modalidades, los conflictos que cada alumno tiene con su propio decir; pero al mismo tiempo ponen en

cuestión lo que soy como escritora y como lectora. No creo que haya algo más parecido a mi recuerdo de las experiencias de pesca con mi padre a orillas del río Salado, cuando una y otra vez me ayudaba a encarnar el anzuelo devastado por voraces mojarras a las que había que tentar para dejarse ver...

Notas

[1] El presente artículo es una ampliación de la ponencia presentada en las Primeras Jornadas Educativas “Puentes para Imaginar”, realizadas por el CIEE de Escobar, el Instituto Superior de Formación docente y técnica N° 55 y la Asociación Pasen y lean, el día 18 de Octubre de 2014.

[2] Disponible en: <http://sonidoanda.com.ar/material/recomendados/textos/El%20Peaton.pdf>

[3] Disponible en: <http://www.cuentosinfin.com/conejo/>

[4] Disponible en:

<http://www.quedelibros.com/libro/89049/La-Senorita-Estrella-Como-si-estuvieras-Jugando-y-Reinas.html>

[5] Disponible en: <http://www.quedelibros.com/libro/80708/Una-hermosa-familia.html>

[6] En mi paso por la Licenciatura en Enseñanza de la Lengua y la Literatura de la Universidad de General San Martín, experimenté, en el año 2003, el taller de lectura y escritura a cargo de las Profesoras Carolina Cuesta y Alcira Bas, con quienes pude descubrir que los reales procesos de escritura y de lectura, no son universalizables a partir de estadísticas que demuestren cuántos chicos leen y escriben en forma “correcta”; pero sí visibles a partir de una observación minuciosa, particular y personal de lo que los lectores dicen en sus comentarios de lectura, de la relación que establecen con otros textos literarios o provenientes de su mundo cultural, como así también la recreación en sus propios escritos de ese mundo al que pertenecen, en el que participan y al que contemplan con toda su historia personal.

[7] Ésta era una práctica habitual en el taller de escritura coordinado por la profesora Alcira Bas, que me había servido no sólo para darme cuenta del mundo cultural que me rodeaba en mi historia de escritura personal, escolar y académica, sino también para reconocer las dificultades que se plantean al escritor que inicia su proceso de escritura.

[8] Disponible en: <http://www.luispescetti.com/correspondencia/>

Bibliografía

A.A.V.V. (2000): *Escribir: Apuntes sobre una práctica*. Buenos Aires, Eudeba

Alvarado, Maite (2013): *Escritura e invención en la escuela*. Buenos Aires, F.C.E.

Cuesta, Carolina (2006): *Discutir sentidos. La lectura literaria en la escuela*. Buenos Aires, Libros del Zorzal

Larrosa, Jorge (2003): *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*. México, F.C.E.

McEwan, Hunter y Egan, Kieran (1998): *La narrativa en la enseñanza, el aprendizaje y la investigación*. Buenos Aires, Amorrortu.